

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 23 DE SEPTIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.170

IMPRESIONES DE UN CAMINANTE.—BOLONIA



La llanura toscana nos sonreía bajo el sol de agosto. Pistoia, que la limita, hizo brotar de nuestros labios el nombre que le dió, para la posteridad, su rojo bautismo: Catalina. Más allá, la vía férrea parece sostenerse prodigiosamente entre cielo y tierra. Puentes, túneles; túneles, puentes, en serie interminable. Cuando los ojos se extasían en la contemplación del paisaje maravilloso, la oscuridad del seno de las montañas interrumpe con violencia nuestro deleite. Nos encontramos en plena cordillera de los Apeninos, espina dorsal de la península. Pasando desde Toscana a Emilia, vamos a entrar en la cuenca adriática. Difícilmente podría explicar la belleza del camino, parecido a un vuelo entre la visión de valles ubérrimos y cumbres lanzadas como grandes ansias de cielo. Los pollados se encaraman por los picachos o se tienden en la molicie de las hondonadas. Cantan las fuentes a través de los riscos; brincan las cascadas como cervatillos, hacia la amplitud de las grandes corrientes, bajo la agonía purpúrea del sol. Todo infunde el amor a la vida, a la plácida convivencia entre los hombres. Huye lejos de nuestra memoria el tiempo de las rudas tiranías itálicas, y nuestro espíritu no concibe que la contemplación de esa naturaleza haya podido sugerir otra cosa que la paz y la mansedumbre.

Atravesamos el Reno, rosado por la luz crepuscular. Bolonia.—Llegábamos a esa ciudad en un día receloso. Los diarios hablaban de una «noche trágica», señalada por una salvaje agresión de fascistas contra obreros. La sangre había corrido. Imaginábamos una Bolonia violentamente arrancada a su normalidad de población universitaria, viejo emporio académico. Ese pensamiento nos había enturbiado la serena percepción del viaje. Creíamos que la esencia oculta de Bolonia, inasequible a la mirada profana, se nos haría imposible de descubrir bajo la insólita agitación de unas jornadas de revuelta.

Entramos, por fin, en la ciudad. Aunque nos faltaba el término de comparación para juzgarla, nos pareció que en ella transcurría con

la incolora trivialidad cotidiana la vida de provincia. Ningún rastro de tragedia.



El corazón de Bolonia palpita en sus dos plazas centrales, donde el palacio del rey Enzo y la fuente de Neptuno representan los dos jalones opuestos en el camino histórico de Italia. El palacio donde murió prisionero Enzo, hijo de Federico II de Suabia, es uno de los pocos rastros del gótico italiano. Deje-

mos la fácil sugestión de su leyenda trovadoresca. Pero esa Bolonia gúelfa es la que ha persistido a través de la Historia.

Divagamos por sus calles tranquilas, y nos invade la callada elegía de las cosas. El carácter visible de Bolonia es una sucesión interminable de pórticos. Esas calles cubiertas permiten recorrerla casi toda bajo el amparo de las arcadas, propicias a la meditación y a la confidencia. Los pasos resuenan en la

calma. La tradición universitaria nos incita a la disquisición peripatética, o a la memoria de los diálogos en el jardín de Academos.—Llegamos a la plaza de Galileo. Como relicarios, los sepulcros de los juristas Passeggeri y Foscherari, erigen su venerable goticidad. ¿No hay en ellos el verdadero emblema heráldico boloñés? Ellos recuerdan al viandante que Bolonia es la sede profesoral de Italia, y uno de los focos de la antigua irradiación espiritual de Europa.

Esa convivencia paradójica de los varones memorables con su ciudad, más allá de la muerte, es el más alto de los homenajes. La urbe no levanta aquí monumentos representativos a sus hijos preclaros, para que su espíritu continúe difundiendo sobre las generaciones, en magisterio perdurable. No es ya sólo el espíritu lo que la posteridad quiere retener, o lo que desea conservar propicio como en un culto laico, el culto de la Patria en su sentido etimológico, o sea en la depuración de las ascendencias, en la selección de humanidad que merezca sustraerse a la muerte y al olvido. Es la propia forma carnal, la materia destinada a corrupción, lo que se quiere custodiar en el seno de la ciudad viviente, en medio de la muchedumbre sonora y pululante de las plazas, mezclándose en la viva discusión de las ansias nuevas, en el debate de los foros. No ya tumbas acogidas al oasis de silencio venerando de las iglesias, sino a la dinamia profana de las calles. Esa combinación monumental de sepultura y gloria, de muerte e inmortalidad, nos penetra con todo su recóndito sentido, como la mayor ofrenda de consuelo que un hombre pueda recibir de su patria.

Frente a nosotros, la iglesia de Santo Domingo nos abre el acceso a otra sepultura, henchida de sugestiones: es la de Domingo de Guzmán, que aquí murió. Pero yo no sabría amar su recuerdo, y mi espíritu queda inaccesible a la relación entre su figura histórica y la belleza decorativa de su sarcófago. Por él se consumó la crisis violenta del cristianismo, y su mano agitó la antorcha de los castigos en nombre de Cristo, invirtiendo el espíritu evangélico y la tradición sangrienta de los mártires, ejecutoria máxima de la fe.

Deambulábamos a través de esas plácidas calles boloñesas, en las cuales no



MARITÉ EN LA PLAYA.—DIBUJO ORIGINAL E INÉDITO POR PENAGOS

se adivinaba la lucha sorda que conmovía las entrañas de Italia e iba preparando la tiranía que hoy la adúltera, como un retorno de los viejos condottismos medievales y un golpe de mano de los antiguos *bravi*. — La estatua de Galvani nos sugirió el otro aspecto universitario de Bolonia: sus estudios físicos y anatómicos; su iniciación de Europa en la vía experimental, singularmente en la anatomía humana. Divagando, llegamos al Colegio español de San Clemente. Entramos en su patio, subimos a sus galerías, llenas de paz en esa jornada estival. Silencio, calma... Los retratos alinean en esas galerías perfiles inconfundibles de clásicas fisonomías españolas. Un recuerdo acudió a nuestra mente: el recinto claustral de la Universidad de Oviedo. A través de la gran distancia, los dos edificios riman como un acorde de tonalidades lejanas.

Siguiendo nuestro camino errabundo, llegamos a un extremo de la ciudad, a la puerta Saragozza. La suavidad italiana del nombre sonó en nuestros oídos como una caricia, como un saludo cariñoso... Regresamos al centro. Palacios, mansiones severas y fuertes, casas solariiegas de apellidos con una sonoridad de divisas heráldicas, cuyo significado original se desvaneció: Bevilacqua, Bentivogli... Como una llama, el recuerdo de Cervantes surge ante nosotros. Toda esta ciudad es como un escenario desierto de remotas pasiones turbulentas, y cada una de sus puertas cerradas oculta el ámbito de una olvidada novela ejemplar...

Estamos ante San Petronio, la Catedral, mole desmesurada y árida, únicamente alegrada en su frontispicio incompleto por el bello friso de Jacobo della Quercia, que pareció a Taine un precursor de Miguel Angel. Entramos en el templo. Sobre la detenida observación de sus riquezas monumentales flota el recuerdo de la coronación de Carlos V, celebrada bajo el baldaquino del coro, en 1530, por Clemente VII, víctima futura del propio emperador. Esas dos figuras históricas, Carlos y Clemente, señalan el último choque de una epopeya trágica: el del espíritu gibelino con el güelfo. Pero el Emperador que debía consumir el saqueo de Roma, llamo de los más horribles sacrilegios, era el fundador de la nueva fortaleza eclesiástica, contra el espíritu libertador de los tiempos; y el Papa, en cambio, llevaba en su linaje de Médicis la representación más alta del *mecenismo* paganizante de Italia.

Mentalmente, asocio los dos nombres imperiales que me ofrece Bolonia: Federico II, el de Hohenstanfen; Carlos V, el de Habsburgo. Del uno al otro media la antítesis espiritual más violenta. El uno, Federico, es la tumultuosa volubilidad pagana y oriental en plena Edad Media, un latido de volcán; una sorda protesta contra el patriarcalismo romano. El otro, Carlos, es la potencia contraria a la pagania pontifical; el núcleo de fuerza que debía oponerse simultáneamente a los dos valores de la lucha espiritual de su tiempo: la resurrección pagana en Italia y los albores de la libertad personal en Germania.—El mismo año de su coronación en Bolonia, destruía Carlos V la libertad republicana de Florencia.

En ese punto de mi meditación vuelve a mi pensamiento la tumba que acabamos de visitar: Santo Domingo.—También ese nombre es una fuerte reacción contra los Hohenstanfen y contra el gibelinismo. En las piras de suplicio de los albigenses moría la cultura trevadoresca, como persistencia de romanismo en los tiempos tenebrosos. Y ese rey Enzo, cautivo en Bolonia como un héroe

de romance amoroso, es un rezagado de aquella cultura, irradiación luminosa del Mediodía sobre la rudeza bárbara.—La tumba de Domingo de Guzmán en Bolonia, como la de Ignacio de Loyola en Roma, representan dos injertos españoles en el tronco vital de Italia; y ambos contribuyeron a desvirtuar el río de su savia original.

Salimos de San Petronio; y nuestra

ANACREONTE A TRAVÉS DE LAS ÉPOCAS

EN 1882, cuando Luigi Alessandro Michelangeli dió a la estampa su tercera edición de Anacreonte—la famosa *Edición crítica*, cuidadosamente revisada dos años más tarde—, anunció la salida próxima de *Gl'imitatori e i traduttori de l'Anacreonte in Italia*, libro que fue esperado con enorme interés por los doctos del mundo entero. Ya señaló Maffei que ningún autor de Grecia tuvo en Italia tantos traductores como el vate teyano.

Tiempo ha que anhelábamos conocer el erudito trabajo del señor Michelangeli. Vanamente hubimos de solicitar noticias de su publicación en las librerías de Italia. Contestáronos que el egregio profesor de la Universidad de Messina, ya anciano, difería dar al público el volumen prometido más de ocho lustros atrás. Grande, pues, ha sido nuestra sorpresa al remitirnoslo desde Bologna la Casa Zanichelli, que acaba de editarlo. Intitúlase ahora *Anacreonte e la sua fortuna nei secoli*.

Michelangeli nos explica en la advertencia preliminar las causas de tan larga dilación. Comenzó a esbozar la obra entre 1875 y 1877, para después abandonarla «in disparte» (altro che *nonum prematur in annum!*), como gráficamente dice, hasta estos últimos tiempos, a fin de atender a las ocupaciones que más directamente tocaban a su carrera, y sobre todo al bien de su familia.

Es la familia de los Michelangeli una de las más cultas de Italia. El profesor Pío Michelangeli es autor de unos juiciosos comentarios a las odas de Giuseppe Parini. La doctora María Pia Michelangeli tiene publicado un excelente estudio que trata de «La mujer en la *Divina Comedia*». Ernesta Michelangeli, también profesora, ha escrito *La donna in Senofonte*, del mismo género, y un interesante opúsculo llamado *La verdadera misión de la mujer*.

Tampoco, a medida que corrían los años, descuidaba Luis Alejandro sus anteriores obras acerca de Anacreonte, sino que iba mejorándolas. En 1882 y 1884 dió a luz sus *Ad Anacreontis, que feruntur, «symposiaká hēmiámibia» emendationes*, tres epístolas de minuciosa y solidísima erudición, en que recoge en latín sus enmiendas al texto griego; y su versión métrica italiana de las *Anacreonticas*, con adiciones y correcciones (cuarta edición). Por fin, en 1893 terminó su versión, casi íntegra, del cantor de Teos, al editar los *Fragments de la mélica griega desde Terpandro a Baquílides*, revisados y anotados. Es, además, un excelente poeta y autor de más de cuarenta obras eruditas: vulgarizaciones de *Las Siracusanas*, de *Filocetes*, de *La Medea*, de *Electra*, de *Edipo Rey*, etcétera; notas críticas a Píndaro, enmiendas a los textos de Sófocles, a los de Leónidas Alejandrino, a los de Eurípides, a los de Séneca (éstas no se habían hecho tan atinadamente desde los días de Justo Lipsio); de unos estudios de interpretación a dos pasajes difíciles de la

última mirada es para el sepulcro de Elisa Bacciochi, la hermana de Napoleón. De Emperador a Emperador; de los Habsburgo a los Bonaparte... Pero los Bonaparte infiltraron en Italia el nuevo gibelinismo laico, el germen de la liberación revolucionaria, invirtiendo así la representación histórica de Francia, apoyo tradicional de los impulsos güelfos.

Gabriel ALOMAR

Divina Comedia, a *Las Ranas*, de Aristófanes, y de otro curiosísimo que intitula *De la ley de gravedad en la construcción del infierno dantesco*.

Es imposible examinar en un periódico, ni aun brevemente, el copioso caudal de doctrina encerrado en obra tan considerable como *Anacreonte e la sua fortuna nei secoli*. Divídela su autor en nueve primorosos capítulos. Trata en el primero de la vida del vate jónico en Abdera y Samos, en la corte de Polícrates, y luego en la de Ipparco, en Atenas, al lado de Laso de Ermióon, junto a Simónides, entre aquella *vía lactea de genios*, como con frase feliz la denominó Tomás Moro; en el segundo dibuja su retrato físico y moral; en el tercero se ocupa de las vicisitudes de su obra a través de los tiempos; en el cuarto, de la materia y forma de las *Anacreonticas* y de si entre las que contiene el célebre códice palatino se hallan algunas originales. Los restantes capítulos dedicados a reseñar los traductores e imitadores italianos desde el siglo XVI, pasando por Rogati, hasta nuestros días.

La vida de Anacreonte, expuesta con sencillez, claridad y galanura, es incuestionablemente la más exacta y completa. Sobre la fecha de su nacimiento rebate la opinión de tantos doctos que, principiando por Barnes, la colocaron hacia el año 560 antes de Jesucristo, data sin duda tardía. Michelangeli sigue en esto a Mustoxidi, famoso hombre de Estado, natural de Corfú, que en su *Vita d'Anacreonte* establece como fecha más probable la de alrededor del 575, hoy seguida por los mejores críticos. Deja sentado que el padre se llamó Scytino, y destruye la creencia de madame Dacier, que lo tuvo por pariente de Solón.

Acercas de las vicisitudes de la obra anacreontica discurre con profundidad. No obstante, algunas manifestaciones respecto de Henrico Stephano y de las dos partes de la *Antología Palatina* no pueden aceptarse en absoluto. De estos pormenores trató ya el alemán Carlos Preisendanz (*Carmina Anacreontea*, Lipsiae in aedibus B. G. Teubneri MCMXII) con mayor abundancia de datos, abriendo nuevas fuentes a la investigación. Y na concibo cómo Michelangeli, que cita a Valentino Rose, no aluda nunca a Preisendanz, que le continúa, cuya edición griega, con notas latinas, es prodigiosa y, a mi juicio, la más notable de las modernas, en cuanto a corrección del texto; olvido inexplicable, por cuanto Preisendanz no se recata de aludir al propio Michelangeli. *Jalousie du métier?*

No lo creo en varón tan sesudo. Quizá su avanzada edad le haya impedido conocer la edición alemana, interesantísima, como de quien ha tenido en sus manos el códice parisino y ha estudiado sobre el terreno la parte más extensa de la *Antología cefalea*, que se guarda en Heidelberg, así como la copia del propio Henrico Stephano.

Es de opinión Michelangeli, y profesa

lo cierto, que si bien muchas anacreonticas, partiendo de la primera (*Anakrēon 'idō'n me*) son apócrifas, otras, en cambio, aparecen de indubitable autenticidad. En efecto; una de ellas, que se encuentra en distintos códices, la transcribe con pocas variantes Aulo Gelio en sus *Noches Aticas* («Anacreontis senis»), y dos versos de otra los registra Efezion. Es incontrovertible, pues, que varias anacreonticas son genuinas. Y esto lo robustece, aunque no lo anota Michelangeli, el propio índice de la *Antología Palatina*, donde se lee: *'Anakrēontos tēio symposiaká hēmiámibia kai 'anakrēontia kai trimetra* (Canciones de sobremesa semiyámbricas de Anacreonte Teyo, y anacreonticas y senarias). Este índice ha sido ignorado por la mayoría de los comentaristas, muchos de los cuales no vieron la parte más dilatada de la *Antología*. El, pues, muestra que existen en el códice *Canciones de Anacreonte y Anacreonticas*; esto es, odas originales y odas imitadas: el poeta teyano y secuneces suyos de los tiempos bizantinos, que así se desprende del contexto de algunas de ellas. No uno ni dos, sino profusión de autores—ja saber cuáles!—colaboraron en ésta no más que simple «corona» (*stēfanos*). El primero en recoger epigramas fué Meleagro, en los alberes de la era cristiana; prosiguió Felipe de Tesalónica, de la centuria de Trajano; luego, en el siglo IV, Agatías de Mirina; posteriormente, ya entrado el siglo X, Constantino de Rodas, que reorganizó la colección de composiciones formada por los precedentes, y por último, el monje Planude, que refecó la obra de «Cefalas» en el siglo XIV, añadiéndole y quitándole cuanto le pareció oportuno, manuscrito que hoy se guarda en Venecia.

Uno de los colaboradores espontáneos de Anacreonte diz que se llamó tal Basilio, aunque no está del todo comprobado. Sea lo que fuere, de esta misma creencia participan otros grecizantes, entre ellos Romizi y A. Taccone, el primero en su *Historia de la literatura griega*, y el segundo en la *Antología de la mélica griega*.

Mas un grave defecto descubro en tan docto profesor. Quien con semejante profundidad conoce a Anacrēon a través de los siglos, no debió callar en modo alguno a los escritores españoles, mayormente mostrándose enteradísimo de cuanto toca a franceses e italianos.

Es achaque común de extranjeros. No es animadversión contra nosotros. Es que nos desconocen. No se difunden nuestros libros. Da pena, produce lástima. Pero si al vulgo puede caberle disculpa, no así al erudito, que tiene la obligación de estudiar el gran pasado de la literatura española. No le dejó a Anacreonte tan huérfano de comentaristas la lengua castellana para que se nos relegue al olvido y al silencio. A buen seguro no encontrará el señor Michelangeli en Italia un comentarista anacreontico como Quevedo, ni un imitador del poeta teyano como Lope, don Esteban Manuel de Villegas y aun podría decir Meléndez Valdés y Cadalso, que tan acertadamente prolongaron su línea.

Quevedo fué el primero que escribió en castellano la vida de Anacreonte y que le comentó, parafraseó y tradujo. Su paráfrasis vale tanto como el original. Sus glosas no han sido superadas todavía. Ya lo aseguró así el insigne Vicente Espinel en un elegante epigrama.

Pero nos hemos extendido demasiado. Quédese para otro artículo el examen de los traductores, imitadores y comentaristas de Anacreonte en España, labor que está necesitando el volumen del benemérito Michelangeli.

Luis ASTRANA MARÍN

DE LO VIVO
A LO PINTADO

La leyenda del conde Roberto

VUELVE a tener actualidad literaria la singular figura del último señor de Artagnan, poeta del Palacio Rosa y del Pabellón de las Musas, jefe de los aromas suaves y de los matices esfumados, cantor de murciélagos, de turquesas muertas, de perlas rojas y de hortensias azules: conde Roberto de Montesquiou Fesensac. Sus temidas *Memorias*, que él anunciaba con el título de *Mnemosyne*, acaban de publicarse, póstumas, bajo el de *Les pas éphémères*. Forman tres densos volúmenes (*Emile-Paul*) y van precedidas de unas nobles palabras de su amigo Couchoud, el cual asume la responsabilidad de los conceptos que puedan resultar ofensivos. (Ya son muchas las responsabilidades que va contrayendo Couchoud; no se olvide que fué él quien aportó principalmente el virus del *hai-kai*.)

Es justo que esta autobiografía despierte interés, porque, a medida que se olvida y se desestima la obra poética de Montesquiou, su pintoresca silueta adquiere más cabal representación del tipo extravagante y refinado de un decadente «fin de siglo». Para evocar su fisonomía mencionemos el copioso y elocuente rastro iconográfico que ha legado. Este altivo mosquetero del modernismo literario, insuperable director del cotillón *snoob* y mundano, sirvió de modelo a Whistler, Boldini, La Gandara, Helleu, Doucet, Laszlo... También — aunque sin complacencia — fué «devorado» por Sem, Rouveyre, Cir, Capiello..., y — muy contra su voluntad — utilizado por más de un novelista para contribuir al repertorio de personajes creados por él. Así, creemos reconocer a Montesquiou en tal o cual tipo de Abel Hermant o de Lavedan, de Huysmans o de Proust. Los dos últimos, decididamente se propusieron representarle en seños caracteres: el duque des Esseintes y el barón de Charlus.

Envuelto en su levita de terciopelo blanco y con un puñadito de violetas a guisa de plastrón, des Esseintes constituye el ejemplar paródico del esteta que desea hacer de su vida una obra de arte, llevando a ella las normas deducidas del simbolismo literario. Trata de sustituir a la Naturaleza con las artificiosas complicaciones de su gusto y, obsesionado, persigue correspondencias y acordes por dondequiera. Las analogías de olor, color y sabor sugieren en su sensibilidad exquisita las más inauditas armonías, y a la vez que se deleita en graduar las tonalidades y medias tintas que, combinadas, producen las telas, flores o pedrerías, se abisma en los silenciosos conciertos de su raro paladar, que descubre en cada licor correspondencia con algún instrumento musical.

A pesar de las repetidas protestas de Montesquiou, no puede negarse la realidad de cierto parecido con el héroe de *A rebours*, el cual, si no es un fiel retrato, tiene un punto de partida, un gusto inicial, que se confunde con el de este conde-poeta. La leyenda que, desde joven, tuvo en torno suyo, sirvió de pretexto a Huysmans para exaltar un íntimo anhelo personal, pues hay que reconocer que des Esseintes es un fantasma tras el cual hallamos tan sólo a Huysmans. No es arbitrario — hijo de un medianista — y carece, sin embargo, de latido vital. Por eso el libro, en su enjundia, está falto de correspondencias. Recordemos algunos de los refinamientos: dorar tortugas y beber Valdepeñas. Esto no lo hubiera hecho Montesquiou jamás.

Aparte la inversión de querer vivir contra Naturaleza y el immoralismo que apunta en determinados detalles, como la afición a los tonos claros que — tal el jazmín gongorino — puedan fingir candor, en general, no se halla mundana perversidad. Al contrario; un ascetismo voluptuoso, hermético y ajeno a toda ostentación, que denuncia el sensualismo cenobítico del propio autor. Añádase la pompa litúrgica y el lema adoptado — «En

su labor, dejó una obra y, en ella, un personaje, Palamède de Guermantes, barón de Charlus, que si le ha proporcionado acerbos reproches de algún crítico, es, en opinión de otro, Stephen Hudson, su mayor triunfo de creador. En efecto; hay aquí un valor psicológico, íntegro y bien definido, que se impone.

Este gran señor, quisquilloso y mezquino, altivo, apasionado, irritable y tornado, que hace alarde de sus dengues, de

go de *La bas*. (Y, en efecto, se advierte cómo entre uno y otro divaga el espíritu del poeta de *Plainte d'Automne* y de la *Prose pour des Esseintes*.) Por el contrario, Proust trató mucho a su modelo, sufriendo a la amistad íntima, la enemistad manifiesta. Sus obras respectivas se parecen en esa sensación de asfixia que a veces se experimenta en donde huele a cerrado. Ellos mismos tienen ciertas analogías de carácter, y es sabido que Proust imitaba a su amigo hasta en la manera de hablar. ¿Será, pues, absurdo ver en Charlus un autorretrato, en el cual el autor de *Pastiches et Melanges* se ha reproducido «a la Montesquiou»?

Dice Gide en su último libro: «Por parecido que sea un retrato, tiene siempre del pintor casi tanto como del modelo», y en el retrato de Dostoiewski, que él traza, hay, más que del modelo, del pintor. Busque, pues, en este libro de *Memorias* el que quiera encontrar a Montesquiou — en tanto escriba Barrés el libro que pedía al dedicarle su *Secreto de Toledo*.

Hay más. En general, el arquetipo lo da el arte y el ejemplar humano sirve sólo de pretexto. Pero sucede excepcionalmente que la Naturaleza consigue tipos extraordinarios y definitivos. Rimbaud, por ejemplo, hubiera consagrado a su autor de haber sido en su persona una ficción literaria. El propio Montesquiou en sus *Memorias*, al hablar del auténtico d'Artagnan, reconoce la frecuencia con que un personaje de ficción supera a su modelo, y lo relega a un plano inferior, sustituyéndole en la memoria de los hombres. Y esto lo reconoce con cierto dolor, sintiéndose enterrado por sus falsas versiones. Mas quisiéramos decirle que no es éste su caso, sin embargo. Con ser su obra literaria inferior a la de Huysmans y a la de Proust, él, como tipo, es superior a sus respectivas interpretaciones.

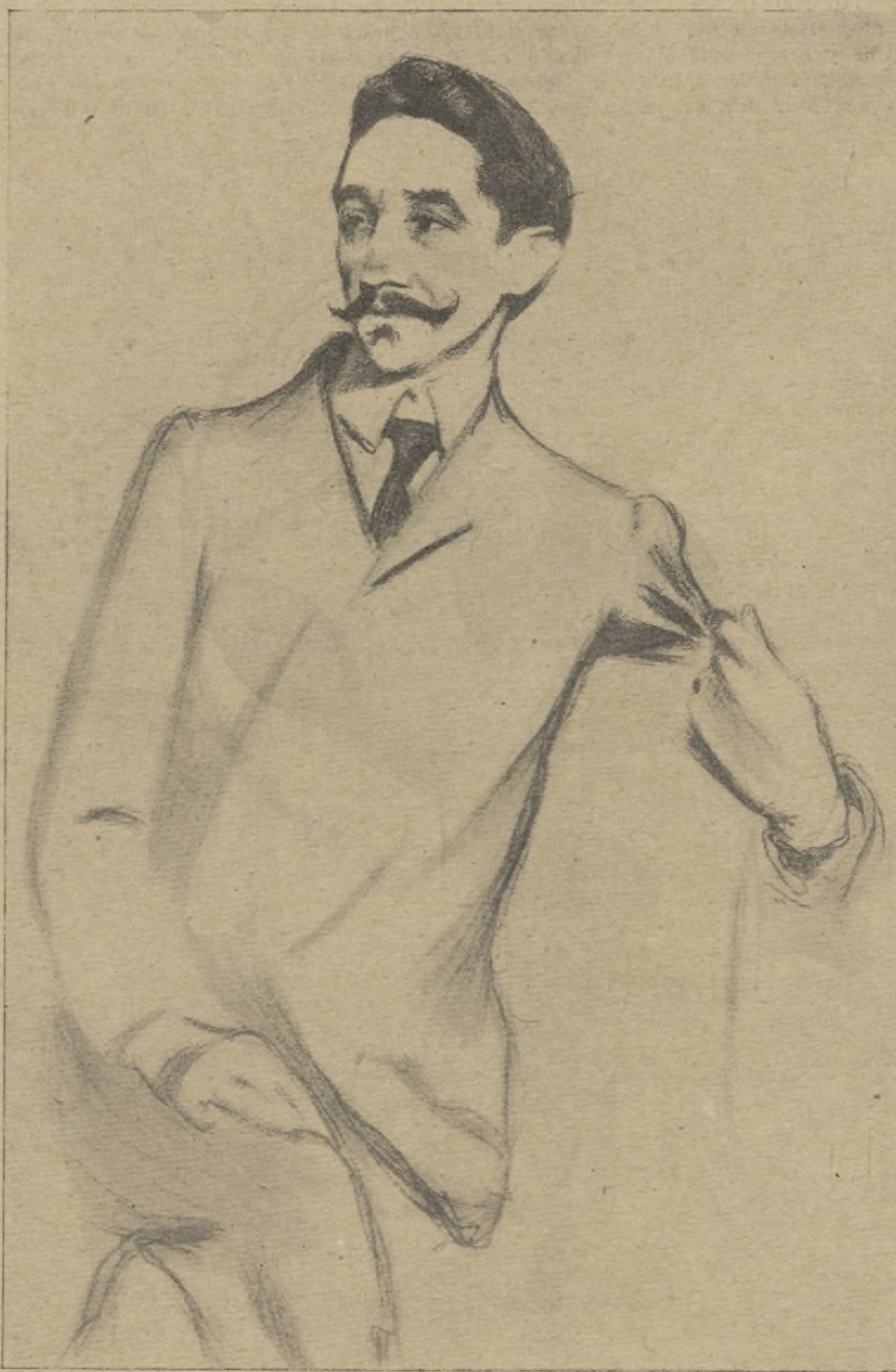
Literariamente, su rastro no perdurará acaso. Pero hay en su esfuerzo una devoción salvadora. En cuanto a su esnobismo, consistió íntimamente en ser considerado como un profesional (que «ha elevado la literatura a la categoría de un deporte», decía Doumic) y en lograr la estimación de los mejores. Se ha dicho, con razón, que sus pergaminos más preciados eran las críticas elogiosas que le dedicaron France, Barrés, d'Annunzio, etc.

Con el público, en cambio, practicaba «el aristocrático placer de hacerse desagradable», de que habla Baudelaire, y se aplica la frase de Stendhal: «Era muy diferente; no podía gustar.»

Preciosista de la vida, tiene, en las manifestaciones más estrafalarias de su gusto, una autenticidad impulsora que legitima ese extraordinario alarde, un derecho previo que da naturalidad al rasgo más afectado.

Terminó con él su lema: «Sólo se pueden tolerar las cosas excesivas», y pueda ya afirmarse que no le reservará el Destino un culto superlativo, digno del fervor caballeresco que tuvo él para las sombras admiradas de la «maldita» Valmore o de la claustrada Castiglione. Pero permanecerá la leyenda de aquel extraordinario deleitante, cuya vida estética queda representada en este rasgo: reunió al mismo tiempo y con igual esmero una maravillosa colección de libros y una audaz biblioteca de corbatas.

Antonio MARICHALAR



ROBERT DE MONTESQUIOU

RETRATO A LÁPIZ POR EL CÉLEBRE DRAMATURGO HENRY BATAILLE

cualquier parte, fuera del mundo» — y se oteará la conversión.

De las *Máximas* de La Rochefoucauld dijo madame de Sévigné: «Después de este libro no hay mas que matarse o hacerse cristiano.» De *A rebours*, dijo Barbey que su autor tenía que «escoger entre el cañón de una pistola o los pies de una cruz». Y Huysmans escogió.

Marcelo Proust, caminando afanosamente, como sobre una plataforma giratoria, parece uno de aquéllos de quien dice don Sem Tob que «ni por mucho andar alcanzan lo pasado». Consumido

sus impertinencias y de sus ironías, destaca con sus ademanes enfáticos, declamatorios, haciendo oír esa su voz tan característica, tan «Faubourg St. - Germain», que se nos queda grabada con sus ásperas modulaciones y sus violentos cambios de tono: ora dolorido, lamentoso, y, de súbito, estridente, mordaz, acre.

El retrato que trazó Huysmans estaba hecho de memoria. Bastó una referencia dada por «la fría exaltación» de Mallarmé para que el misterioso desconocido se trocara en des Esseintes por obra del ma-

EL ESPEJO

CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

YOSHAKO era un noble samurai japonés; tenía unos mostachos erizados que le daban un terrible aspecto de gato enfurecido, y en la faja de raso verde que rodeaba su talle llevaba un sable curvado, de gran tamaño.

Hakawa, su esposa, era una japonesa adorable, de tez amarilla, ojos muy chiquitines y moño negro y brillante, atravesado por dos largas agujas de oro.

Y Mitsukó, la hija de ambos, era una nenita cuyos piecitos microscópicos hubieran cabido en la palma de la mano de un niño europeo recién nacido.

Yoshako, Hakawa y Mitsukó no eran ricos, no poseían un magnífico palacio de porcelana, no eran servidos por docenas de criados y no tenían cofres de laca y nácar, repletos de perlas y corales.

Pero tampoco eran pobres; vivían en un pueblecito risueño y florido, en una casita de papel rosa con techo de bambú, rodeada por un lindo y perfumado jardín, en el cual los árboles más altos crecían en tiestos de crisantemos.

Nunca, nunca salían del pueblecito risueño y florido, y hacían muy bien en ello, puesto que en ningún otro lugar del mundo hubieran podido quererse más, ni ser más buenos y, por lo tanto, más dichosos.

Y sin embargo, un día Yoshako tuvo precisión de hacer un viaje no sé con qué objeto: quizá concluir un negocio, recoger una pequeña herencia o visitar algún sabio doctor que le curase el reuma que padecía en la pierna izquierda.

El caso es que se fué, dejando a su mujer y a su hija muy afligidas por la separación.

Pero asimismo, ¡qué alegría fué la de ellas cuando le vieron regresar! Hasta los arbolitos enanos, fieramente erguidos en sus tiestos de crisantemos, parecían darle la bienvenida.

A pesar de sus terribles mostachos, Yoshako era un marido ejemplar y un padre cariñoso; venía con las manos llenas de regalos para su mujercita y su nena.

Mitsukó, que era una golosa de primera, recibió un pastel de flores de loto y bombones de alas de mariposa, collares de ámbar y una nena idéntica a ella: una muñeca preciosa.

Hakawa palmoteó de alegría ante unas agujas de oro mucho más hermosas que las que atravesaban su moño negro y luciente, un biombo de seda con pájaros bordados en oro y unos preciosos estuchitos de filigrana para envolver sus uñas, que eran muy largas y puntiagudas, como corresponde a toda esposa de samurai que se respeta.

Pero lo que la dejó perpleja fué un objeto singular, de cristal, redondo y con marco y mango de ébano, con incrustaciones de nácar; al examinarlo lanzó un grito de sorpresa: en el cristal había la imagen de una japonesa que la miraba con la boca muy abierta y los ojos tan redondos, por una inmensa expresión de asombro, que casi parecían grandes, cosa inverosímil en una japonesa.

—¿Qué es esto? — exclamó Hakawa.

—¿Y quién es esta dama tan bella? Su marido se echó a reír.

—¿Pero es posible—dijo—que no hayas visto nunca un espejo y no sepas que ese rostro es el tuyo?

No; Hakawa no había visto nunca un

espejo y no acertaba a comprender por qué prodigio podía hallarse su imagen en un objeto que llegaba de una ciudad donde ella jamás puso sus piecitos.

Ocultó el espejo; pero de vez en cuando, al hallarse a solas, lo sacaba para cerciorarse, siempre con la misma emoción y el mismo asombro, de que la imagen no se había borrado y seguía grabada en el cristal misterioso.

Pasaron años y años, y llegó un día muy triste en que Hakawa cayó enferma y comprendió que se iba a morir; porque también mueren las japonesitas que viven una existencia perfumada y

riente cuando tu padre y tú me hayáis dado motivos de alegría.

En aquel momento la muñequita japonesa lloraba tanto, que no pensó siquiera en echar una mirada sobre aquel supuesto talismán; se limitó a guardarlo preciosamente en el cofrecito de laca negra en que encerraba sus fajas de seda bordadas con mil matices delicados.

Había pasado ya bastante tiempo desde la muerte de la pobrecita Hakawa, cuando su hija recordó, de pronto, aquel regalo último. Cogió el espejo y lanzó una exclamación de alegría: allí estaba, en efecto, el rostro de su madre, no ya

a alegrarse de este abandono y temer su presencia, porque los breves instantes que Yoshako pasaba bajo el techo de bambú los dedicaba a beber «saké», al cual se iba aficionando de un modo inquietante, y a enfadarse por todo, rugiendo con una voz de trueno y erizando sus terribles mostachos de gato enfurecido.

Y la pobre Mitsukó no tenía más consuelo que contar sus cuitas a la dulce imagen del espejo, que parecía comprender, pues la miraba tristemente y lloraba con ella.

Y un día ocurrió una cosa atroz: Yoshako —¿habría bebido más «saké» que otras veces?—no se limitó a vocear ni a erizar sus mostachos, sino que levantó la mano, su mano seca y amarilla de noble japonés, y la dejó caer, con un ruido resonante, sobre la tierna y aterciopelada mejilla de su muñeca.

¡Pobre Mitsukó! Más que corriendo, volando, fué en busca del talismán para referir a su madre la horrible tragedia; pero al ver la expresión de dolor desesperado de la imagen querida, sus lágrimas redoblaron y sollozó:

—¡No te apures, mamá! Ya verás como esto se le pasa a papá y vuelve a ser bueno como cuando tú estabas aquí con nosotros.

Y en el mismo instante oyó a su espalda la voz formidable del samurai, que preguntaba:

—¿Con quién hablas?

Mitsukó confesó, temblorosa:

—Hablo con la imagen que mamá, al morir, me ha dejado en este talismán.

El noble samurai se quedó boquiabierto ante tal ingenuidad; estuvo a punto de encogerse de hombros y repetir con desprecio las mismas palabras que a su regreso de aquel viaje memorable había pronunciado:

—¿Es posible que no hayas visto nunca un espejo y no sepas que ese rostro es el tuyo?

Pero al mirar a su hija—al mirarla como hacía muchos años que no la había mirado—, algo muy extraño pasó por su mente. La cogió en sus brazos, puso un beso en la frentecita de marfil suavemente amarillenta, y murmuró con una voz que no era su terrible voz de samurai japonés, sino una voz muy dulce, de padre cariñoso de cualquier país:

—Es cierto, pequeña Mitsukó: tú ves a tu madre en ese cristal como yo la veo en ti.

Desde entonces la dicha renació en la casita de papel rosa; Yoshako volvió a ser bueno y cariñoso, y Mitsukó, siempre contenta, halló constantemente en el espejo un rostro risueño que la miraba sonriente.

Después de todo, ¿quién sabe si no tenía razón la dulce Hakawa y si aquel objeto, en vez de ser un espejo vulgar, no era un talismán mágico en el cual su imagen seguía velando por la felicidad de su hija?

¿Y quién sabe si no sería un bien para todas las niñas del mundo el que en lugar de mirarse en los espejos por vanidad y coquetería, lo hicieran sólo para hallar la imagen de su madre? Ahora que para eso tenían que ignorar lo que es un espejo, y las niñas—incluso las muñequitas japonesas de hoy—, ¡son tan listas! Demasiado listas quizá...

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.



risueña en sus casitas de papel con techo de bambú, rodeadas por arbolitos enanos, entre los que revolotean pajarillos de plata.

Entonces Hakawa llamó a su hija, que aunque tenía algunos años más que al principio de esta historia seguía pareciendo una muñeca, y le dijo:

—No llores porque me marche, pequeña Mitsukó; algo de mí misma se queda contigo.

—Sacó de una de las anchas mangas de su kimono el espejo, se lo entregó y añadió:

—Esto es un talismán extraordinario, en el cual siempre que mires verás reflejado mi rostro, reproducido con tal fidelidad, que cuando yo allí arriba esté triste por ti, o por tu padre, en este cristal me verás triste; y me verás son-

pálida y marchita como en los últimos tiempos de su vida, sino joven y fresca, tal como Mitsukó recordaba haberla visto antes de su enfermedad.

—¡Qué joven y qué bella está mamá!— exclamó la niña, encantada—; señal de que se encuentra satisfecha de nosotros.

E inclinándose, puso a través del cristal un beso en los labios que, a su vez, se adelantaban hacia los suyos...

Desde aquel día no pasó uno sin que Mitsukó sacase el supuesto talismán de su estuche de laca negra para ver a su madre y contarle cuanto le sucedía.

Pero poco a poco, ¡ay!, estas confidencias fueron tornándose menos alegres y llegaron a ser cada vez más dolorosas.

Y era que el noble samurai ya no parecía el mismo; casi no se le veía en la casita de papel rosa, y su hija llegaba

HUMO DE PAJAS

NOVELA CORTA ORIGINAL DE E. GUTIERREZ-GAMERO

Como usted comprenderá, amigo don Juan, esto no se puede consentir. Los medios de que el Banco dispone los hemos empleado, pero no resultan eficaces. Yo creo que si usted ordena al director de Seguridad que ponga en campaña a sus satélites, los falsificadores caerán en nuestro poder.

—Por ordenarle que toda la Policía de Madrid se consagre a la busca y captura de esos bribones no ha de quedar; pero esto requiere tiempo y calma, y usted trae tanta prisa...

—Póngase usted en mi caso. Desde hace un mes se han presentado en nuestras Cajas billetes falsos de los de veinticinco pesetas, por valor de quince mil duros; de los de cincuenta, eche usted treinta mil, y me quedo corto, y en cuanto a duros, no lo quiera usted saber.

—¡Serán sevillanos!

—¡Qué han de ser sevillanos! Al fin y al cabo, los sevillanos tienen cierta gracia que los hace pasables...

—¡Claro! ¡Cómo propios de la tierra!

—Pero los que invaden la plaza son más falsos que el difunto Judas. En resumen, querido don Juan. Ayer se reunió el Consejo, y escandalizados mis colegas de la creciente invasión de billetes falsos y de monedas de cinco pesetas, falsas también, acordaron que viese a usted para que la Policía *trinque* a los falsificadores lo más pronto posible, en evitación de los graves perjuicios que se irrojan al Banco de España. Usted se hará cargo de que, dada la amistad que nos une, usted, el ministro de la Gobernación, y yo, el gobernador de nuestra primera entidad bancaria, es muy lógico que yo sea, por esta vez, comisionado de apremio. Calculo que echará usted el resto para que yo quede airoso.

—Naturalmente, querido don Nicolás. Echaré el resto, como he hecho siempre, tratándose de lo que a usted le pueda interesar.

—En eso hay mucho que decir, amigo don Juan. En la ocasión presente yo creo que si usted aprieta al jefe...

—¡Canastos! ¡Me parece que el gobierno del Banco de España no es moco de pavo!

—No digo que sea moco; pero no me agrada ser figura decorativa, y, además, de las cosas crematísticas no sé ni una sola palabra.

—¡Bah! ¡Eso qué importa!

—Es que el jefe me prometió una cartera...

—¿Las carteras? Para las carteras hubo puñaladas y se acabaron a las once. ¡Gracias que pude conseguir ese momio del Banco!...

Toda esta conversación, cuyo final omito por no ser interesante, celebrada entre el ministro de la Gobernación (don Juan) y el reciente gobernador del Banco de España (don Nicolás), la oí de punta a cabo, porque puestos los conferenciadores junto al teléfono y descolgados los auriculares, quizás por descuido del ministro, en mi aparato repercutieron las palabras de los dos personajes con más verdad que aquel beso dado en Cantón que repercutió en Cádiz. Claro es que siendo de mi cargo, mediante horas reglamentarias, la comunicación telefónica oficial, en razón de mi empleo en el Cuerpo a que me honro pertenecer, la breve plática de

don Juan y don Nicolás ni la menor huella hubiera dejado en mi memoria; pero lo que me puso carne de gallina fué que cuando se despidieron los dos amigos, el gobernador, que no entendía de cosas crematísticas (¡como que en su vida las hubo visto más gordas!), le dijo a don Juan estas palabras: «Ya sabe usted: calle de Eguilaz, número cincuenta y seis.»

¡Rediez!—exclamé para mí mismo en cuanto sonaron en mis oídos las fatídicas

legítimo encomio! ¿Ángel del séptimo cielo? ¿Hurí del paraíso? ¿Rosita primaveral? ¿Pomo de supereminentes esencias? Mucho más que esto reunía en su persona Catana Peralta, y por añadidura unos andares que tras ella marchaban se las miradas de todo transeunte que tuviese gusto fino y delicado. La conocí en el tranvía que se dirige desde la Puerta del Sol a la glorieta de Bilbao. Iba con su señor padre, don Silvestre Peralta, y como si de los preciosos ojos

fehaciente, no es para contada en un santiamén. En honor a la verdad, la idea de que don Silvestre se entregase a la descabellada ocupación de sustituir los valores fiduciarios legítimos y cabales por otros indignos de honesto trato y propios de gente de carda, mal avenida con el Código penal, no me cabía en la cabeza. Sin embargo, a creer los informes que me dió un compañero de oficina que se codeaba con mi futuro suegro en un Círculo donde la ruleta y el treinta y cuarenta extraían el dinero de los incautos, diéronme que pensar, pues mi don Silvestre era jugador constante en la mencionada timba, apuntaba de firme, y bien pudiera suceder que los billetes confeccionados en uno de los pisos de su casa, luego los llevase al tapete verde, con cierta precaución, para ir colocando la falaz mercancía poco a poco y a mira quién viene.

¿Que se disminuyó a causa de estos malos pensamientos mi pasión por Catana? ¡Qué había de disminuir! Antes por el contrario. No más que al considerar el peligro que corría aquella paloma sin hiel si su señor padre se viese en las garras de la Justicia, encendíame el deseo de hacerla mi mujer legítima, aunque me fuera preciso (ella aquiescente) acudir a toda clase de medios más o menos legales. ¡Pues no faltaba más sino que la dueña de mi albedrío se sentase en el banquillo de los acusados! Quítela yo del riesgo, que sea mi esposa como manda la Santa Madre, y que el autor de sus días liaga lo que le plazca, pues, como dicen en mi tierra, *amor no mira linaje ni rinde pleito homenaje*.

Así las cosas, una noche, cuando me preparaba a pegar la hebra con mi novia, ella en su balcón y yo en la calle—¡bien haya la telegrafía con hilos!—, vi venir hacia mi persona al propio don Lucas González, con el cual siempre tuve amistosas relaciones. Acababa de llegar de Barcelona, donde prestó sus valiosos servicios durante años. Era el más avisado y sagaz funcionario de la Policía, como todo el mundo sabe, y por su mérito y fama le habían trasladado a Madrid, nombrándole jefe de la Investigación, encargada de servicios especiales y difíciles.

—¿Qué hace usted aquí, joven telegrafista?—preguntó don Lucas.

—Pues estaba esperando que mi novia, que vive en esta casa, se asomara al balcón—contesté, diciendo la verdad, no fuese a crearme metido en el ajo de la falsificación.

—¡Ah!... ¿Tiene usted inteligencias en la plaza?—volvió a interrogarme.

—¡Hombre, no! ¡A no ser que a mi novia la llame usted inteligencia!—repuse.

—De todos modos, quizá pudiera usted darme algunos detalles.

—Usted dirá—interrumpí.

—¿Conoce usted a los vecinos de esta casa?

—Nada más que a mi novia, Cayetana Peralta, y a su padre, éste solamente de vista, y a la criada.

—¿En qué piso vive la señorita de Peralta?

—En el tercero.

—¿No sabe usted quién vive en el entresuelo?

—No, señor.

—¿Viene usted aquí todas las noches?

—Todas las que tengo libres.



cas señas—. Porque daba la pícara casualidad que en la calle de Eguilaz y en dicho número hallábase el domicilio de mi novia, con la cual me comunicaba, ora por medio de señas convenidas durante el día, ora durante la noche por conducto de un hilo de mi invención, y esto en las horas que el oficio de telegrafista me permitía, pues el padre de Catana era un hombre huraño, desabrido y tosco, que gobernaba a su hija con mano fuerte, dado que la tenía guardada para un rico labrador, a pique de llegar de su pueblo dispuesto a casarse con la elegida de mi corazón, y no toleraba que ningún *pisaverde* hiciese el amor a su pimpollo.

¿He dicho pimpollo? ¡Fuera esta palabreja, que no me suena a verdadero y

de Catana se desprendiese electricidad y de los míos la contraria, el choque instantáneo de ambas misteriosas corrientes produjo una chispa de amor, de que la muchacha y yo nos dimos clarísima cuenta, a furto de don Silvestre, sumido en la lectura de un periódico. De corredora de oreja hizo la criada de Catana merced a un duro, ni falso ni sevillano, que puse en su diestra, y pronto la encantadora joven correspondió a mi requerimiento, cruzándose entre ella y yo las dulces frases que significan asenso gaudiente y entrega del alma.

La inquietud que me entró por el cuerpo cuando supe que en casa de mi novia se fabricaban billetes falsos y duros faltos de su personalidad legal y

—¿A qué hora?

—Entre doce y una.

—¿Y la niña le espera en el balcón?

—Menos cuando pone en él un trapo blanco, que equivale a decir: «Huye, bien mío.»

—Y al hablar telegráficamente con su novia ¿no ha oído usted ruidos extraños como si moviesen objetos metálicos?

—No he puesto atención. Ni Catana me ha dicho que haya duende en la casa. Pero, vamos a cuentas, señor delegado de investigaciones. ¿A qué viene ese interrogatorio?—pregunté a don Lucas para ahondar en el grave caso y sin darle a entender mis temores.

—Hombre, a usted que ejerce un cargo de confianza en Gobernación no tengo inconveniente en hablarle claro. En la Dirección se ha recibido una denuncia diciendo que en esta casa se fabrican billetes falsos.

—¿En qué piso?—atajé con el alma en un hilo.

—Tranquilícese usted, joven. En el piso entresuelo. Desde que recibí la comisión delicada de averiguar lo que hay de cierto, vengo vigilando esta casa, porque la denuncia coincide con una invasión de los tales billetes, que preocupa al ministro hasta el punto de haberme llamado para que yo me encargue de este servicio, confiando en mi habilidad; y ahora caigo en que usted podría echar una mano en este negocio y prestarme su ayuda, poniendo de nuestra parte a la criada de la señorita de Peralta para que ella...

—Ni una mano, ni un solo dedo, amigo don Lucas—interrumpí presuroso—. Dejando a un lado que no sirvo para tal ocupación, no quiero quitar a usted la gloria de haber descubierto a los falsificadores que tanto preocupan a don Juan. Y si nada más se le ofrece me voy a mi casa, que el Guadarrama sopla y se nos están helando las palabras.

Después de lo cual y de un buen apretón de manos a don Lucas González, yo, deseando marcharme, seguro de que nada iba contra los vecinos del cuarto tercero, y aquél dispuesto a continuar su ronda, tomé calle abajo, hacia mi casa, dando vueltas a mi magín acerca de cómo por arte del demonio pudiera verse comprometido el padre de Catana en un tan feo asunto, si en vez de ser el encargado de desenredarlo mi amigo don Lucas, discreto y comedido si los hay, hubiera sido otro, de esos que se lían la manta a la cabeza y, por sí o por no, agarran a todo bicho viviente y lo meten en *chirona*, a salvo de pedirle luego mil perdones por el desafío, sin abonarle daños y perjuicios.

Al día siguiente de la referida conversación tuve que salir de Madrid, con motivo de cosas familiares que habían de entretenerme un par de semanas. Terminadas que fueron, volví a la corte a reanudar mis relaciones con la encantadora Catana, y la casualidad hizo que de manos a boca me tropezase con don Lucas González, el famoso jefe de Policía.

—¿En qué paró aquello?—le pregunté.

—¡Calle usted, hombre!... ¡En lo más extraño que puede usted figurarse! Y si quiere saberlo, mañana almorzaremos solos en un sitio, donde le llevaré, y se lo contaré de *pe a pa*—me dijo, sonriendo.

Curioso, acepté el convite, y a renglón seguido va el relato de nuestra charla, de cuya autenticidad respondo:

—Ya sabe usted el empeño del ministro en descubrir la falsificación de los billetes que manaban por todas partes; como que con él me entendía yo, sin dar cuenta detallada a mi superior jerárquico para evitar que la gestión policiaca

corriese de boca en boca y que se nos escaparan los falsificadores. Para mí, éstos tenían su fábrica en el cuarto entresuelo de la casa número cincuenta y seis de la calle de Eguilaz. El caso hallábase en adquirir la absoluta seguridad, con el fin de caer encima de ellos y no dar un golpe en vago. Todo se juntaba para que no me cupiese duda. Sin embargo, cauto y *escamón de mío*, ordené en mi pensamiento los hechos conducentes a la certeza, y observados por mí mismo, y así comprobé que a las altas horas de la noche, con poca frecuencia, sin día fijo, cada seis u ocho, llegaba en carruaje de alquiler un hombre, muy subido el cuello del abrigo, y mediante la prontitud del sereno colábase dentro de la casa. Pasado poco tiempo, sucedía lo propio con otra persona, también cubiertita con un manto o capa que le tapaba de pies a cabeza. Ambos individuos encerrábanse en la sala de dicho piso, que da a la calle, pues mi vista de linca percibí, por los intersticios de los balcones, un muy tenue rayo de luz. Rayo de luz que penetró en la parte que tengo en mi cerebro destinada a fijar y aclarar las ideas, por donde ya aquella encerrona y en tales horas me dió mala espina.

—¿Pero no interrogó usted al sereno?—pregunté a don Lucas.

—Sí, y no saqué de él nada en limpio. Aquellos trasnochadores eran vecinos de la casa y no sabía sus nombres. Transcurrida como una media hora desde la llegada del segundo sujeto, oí un ruido extraño en la habitación donde yo columbraba la rayita luminosa, algo semejante a un chirrido de artefacto duro y pesado que se trasladase de un punto a otro. Este traslado solía espaciarse y luego... nada, hasta la madrugada, momento en el cual llegaba un coche, metiéndose en él los dos bandidos, y el vehículo salía a escape.

—Vehículo que usted haría seguir.

—Que seguí yo mismo en uno preparado al efecto, que no perdí de vista al del misterio, hasta que paró a la puerta de servicio de una casa principal que hay en la calle de (permítame que reserve nombres). Del coche bajó uno de los dos, metiéndose precipitadamente en aquella casa.

—¿Y el otro?

—El otro hizo igual operación en un hotel tan lujoso como el que dió albergue al primero; mas éste no entró por la puerta de servicio, sino por la principal. Apunté estos importantes datos en mi memoria y a la noche siguiente, vuelta a mi ronda.

—¿A oír los mismos ruidos?—insinué.

—Verá usted. El de la denuncia no mintió, y por si algo faltase al rano, mi agente de confianza, turnante día y noche en la vigilancia, díjome que al lugar del delito habían subido dos cajones una tarde, que indudablemente encerraban los materiales propios para la confección de los billetes. ¿No le parece a usted más que suficiente todo este cúmulo de detalles para confirmar mis sospechas?... Y aún falta por referirle lo más gordo.

—¿Lo más gordo?—exclamé.

—Sí, señor. Habíame percatado de que los fuegos de la casa, quiero decir los que se producen en los hogares, se apagaban a eso de las doce de la noche; pero en las horas destinadas por los falsificadores a su nefaria ocupación salía por la chimenea un humo espeso y blanquizco muy significativo.

—¿Y cómo calculó usted que el humo salía por la chimenea del piso entresuelo?

—Muy fácilmente, telegrafista ignorante. Porque, a mayor distancia entre el hogar y la atmósfera, el humo, con-

ducido por un tubo, sale con más ímpetu que si partiese de un corto trecho, y el que yo vi borbotaba como los de las fábricas. Y además, el olor...

—¡Caracoles! ¿Se subió usted al tejado para oler el humo?

—No, mi querido amigo. No hubo necesidad. El aire me ahorró la subida a los tejados. Una ráfaga me trajo el humo, que mis nervios olfatorios analizaron perfectamente. En la chimenea del cuarto sospechoso guisábanse diversas sustancias metálicas, quizás arsenicales, que denunciaba un tufillo a ajo porro y otras que no supe clasificar. Sin duda alguna ingredientes para hacer delicadas aleaciones.

—O guisotes diabólicos, preparados y compuestos por *Nabuzardan*, que es el cocinero mayor del Infierno—interrumpí al famoso detective.

—No se burle, amigo, que la cosa tenía mucha enjundia. Mi olfato no me engaña, y lo que me da en la nariz sueña luego en mi caletra.

—¡Qué me he de burlar, querido don Lucas! Reconozco su fino olfato, le admiro y hasta le envidio. Prosiga usted, pues, que este enredo me inspira curiosidad.

—Pues prosigo—dijo don Lucas, apurando su copita de coñac—. Ya seguro de que la denuncia era exacta, no me paré en barras y decidí obrar por derecho. Al atardecer de un lunes (me gusta operar en días de la semana que no tengan erre), cogí por mi cuenta al portero, le mostré mis *poderes* y le interrogué en forma. El inquilino llamábase don Serapio Serpiñol; nombre supuesto, naturalmente; no venía a su cuarto, que nadie habitaba, sino muy rara vez y permaneciendo en él poco tiempo. Respecto a su ocupación dentro del piso y a las visitas nocturnas con su compinche, lo ignoraba por completo, y en cuanto a los ruidos y al humo, como él y su mujer se acostaban temprano, durmiéndose a pierna suelta, nada percibieron.

—¿Qué raro!—exclamé.

—Nada de raro. He observado que casi siempre los porteros de la casa donde ocurre alguna cosa delictiva no saben una palabra. Le amenacé y persistió en su mutismo. Le pedí la llave del cuarto, a la sazón vacío, y se negó a dármele. Precisaba, pues, asestar a aquella canalla un golpe contundente, para lo cual me dirigí al juez del distrito, con objeto de que me diese un mandamiento para entrar en el piso de don Serapio Serpiñol, y después de formular mi petición razonada, como era lógico, va y me dice:

—«¡Ay, amigo González! En esto de los mandamientos, que no son precisamente los de la Ley de Dios, sino de las leyes hechas por el hombre, soy muy parco. Este es el único poder que hasta ahora ha quedado en pie, aquí donde todo se lo ha llevado la trampa. Por abusar de él algún colega mío, el tal poder va cayendo en menos. Compóngase como pueda y no cuente conmigo sino así que haya puesto su garra sobre esos pillos.»

—¿Y cómo se compuso usted después de tan rotunda y discreta negativa, querido don Lucas?

—Pues no tuve más remedio que recurrir al director general para que éste pidiese al juez el documento necesario. ¿Y querrá usted creer que mi ilustre jefe parece que se inspiró en las palabras del funcionario del orden judicial?... «Mire usted, González—me dijo—, en este servicio usted ha ejercido de Juan Palomo. Algo de él sabía por el ministro de la Gobernación; pero no quise hablar a usted y pedirle noticias porque como me consta su sagacidad y buena ma-

ña, preferí dejarle a sus anchas. Siga el camino que su ingenio le sugiera, y tocante al mandamiento, yo no lo pido.» Visto que ambas autoridades me negaban su apoyo, me dirigí al ministro, a quien conté detalladamente mis gestiones y transfundí en él mi convicción de tener en la mano a los falsificadores; pero al llegar al *conque* de que me diese una carta para el juez, quien, a no dudarlo, mediante ella firmaría el suspirado mandamiento, puso don Juan un ceño muy significativo de *no me da la gana*, y después de breve reflexión, díjome: «Mire usted, González. Una carta mía al juez para lo que usted desea no es cosa correcta, y menos a espaldas del director general de Seguridad. Si éste se niega a solicitar del juez el mandamiento, obre usted por su cuenta y riesgo, pues si sale bien el importante servicio tapará el atropello. ¡Qué diablo! Por arbitrariedad más o menos no se han de hundir las esferas.»

—¡Hombre!—atajé inmediatamente a González—. No es capaz don Juan de emitir un juicio tan poco prudente. Usted exagera, amigo don Lucas.

—Quizás exagera un poco; pero crea que en el fondo de sus frases se traslucía algo parecido a lo que acabo de contar a usted. ¡Bueno es don Juan para pararse en pelos!

—Y naturalmente, con esta licencia de echarse el alma a la espalda...

—Con esta licencia prescindí del juez, de su mandamiento y de mis escrúpulos. No comí carne de abubilla para aguzar el entendimiento, como me recomendó el guasón de don Juan al despedirme de él, sino que cogí cuatro guardias y una noche me planté en aquella casa, que ya era mi idea fija. El sereno me abrió la puerta, entré con mi gente, llamé al portero, salió éste de su cuarto todo medroso y en paños menores, y cuando le pedí la llave del piso entresuelo, con la energía que pongo en estos casos, él, muy harto de ajos, me dijo que únicamente la tenía su dueño. Por el temblor de su voz conocí que estaba mintiendo, y entonces le prometí llevarle a la Delegación, no más tarde que al momento, si no me obedecía sin replicar, y de ahí a la cárcel, por encubridor y cómplice de delincuentes. Resistióse mi hombre; yo más firme cada vez, y cuando iba a tomar una resolución violenta contra aquel gazañero, oí una voz aflautada y meliflua, saliendo del fondo de la alcoba portero, que decía: «No te exaltes, Abelardo, que te va a repetir el baile de San Víctor. Da la llave y vuelve al lecho;» ante cuyo mandato Abelardo soltó la llave y volvió al lecho conyugal, no sin que cerca de él se colocasen mis dos subordinados con orden de que no permitiesen a Abelardo dejar a su Eloísa. Subí los tramos de la escalera y entré con mis dos acólitos en la habitación misteriosa... ¿Usted no ha experimentado nunca la emoción que se siente al penetrar en un sitio cerrado, donde sabe que se ha cometido un crimen?

—Hombre, no me he visto jamás en ese triste caso—contesté a don Lucas.

—Pues es un fenómeno muy extraño. Yo prefiero entrar en cualquier sitio, donde haya riesgo, a tiros o a palos, y en una habitación en que no se perciba el menor ruido, oscura y sola, me paso por el cuerpo algo como si fuese a profanar un silencio que tiene personalidad y está allí por su propio derecho... La luz de la linterna eléctrica que llevaba uno de los míos iluminó el pasillo, a cuyo fin hallábanse, a mano izquierda, las habitaciones interiores, y a mano derecha, la sala donde se cometía el delito, cerrada por cerradura de seguridad. ¿Forzarla? ¿De ninguna manera!

Lo mejor dejar que vinieran y se encerrasen los falsificadores.

Mientras tanto, mis dos hombres y yo nos metimos en un cuartito, próximo a la puerta, dispuestos a todo; pero sin paular ni maular, como si no existiéramos, y así ¡tres mortales horas!... Las dos serían cuando sentíamos entrar una persona que encendió la luz eléctrica del pasillo y se metió en la sala, cerrando su puerta sin echar la llave. Al poco rato, el recién llegado sacó de algún sitio objetos duros que, al ser sin duda atornillados en una máquina, hacían ruido; luego, el rodar del artefacto, y después..., silencio absoluto. Que no duró mucho, porque no bien hubo oído la parada de un coche, nuestro individuo se dirigió rápido a abrir a quien llegaba, su ayudante, seguramente.

Ya dentro de la ratonera aquellos protoservos enemigos del papel moneda que el Estado permite y el Banco reparte, aún permanecimos silenciosos un buen espacio, al objeto de que se metiesen en harina y cogierles con las manos en la masa, y muy calladamente nos acercamos a la puerta, pegando en ella nuestras respectivas orejas. Hablaban quedo los dos industriales; la voz del uno, fuerte y áspera; la del otro, fina y dulce. La máquina fué movida, y sobre ella debió hacerse presión, sin duda para que funcionase como una de esas imprentillas portátiles, siendo de notar que de vez en cuando llegaban hasta nosotros unos a modo de quejidos, a semejanza de los producidos por un gozne al que le falta lubricante. Después, un punto de reposo, y luego, bastante más tarde, el *glu glu* del líquido al verterse en el vaso. ¡Claro! Libaciones alcohólicas para celebrar la perfección del producto obtenido.

Yo no cabía en mí de puro contento. ¡Ah, desalmados — decíame en interior soliloquio — ya os tengo bajo mi férula! Ahora os ataré codo con codo y os llevaré a la presencia de mi jefe para que vea que lo mismo aquí que en Barcelona, en lo tocante a prestar a la sociedad un servicio de este calibre, soy el *digitus Dei*, o sea la mano de la divina Voluntad, que permite descubrir los arcanos más recónditos, por mucho que se escondrijen. Y a renglón seguido vendrá el premio que me otorgará el Banco de España, consistente en legítimos papeletos, y el ascenso en mi carrera y... pero abandonemos el viejísimo cuento de *La lechera* y oremos.

Llegado el instante que juzgué oportuno, di dos golpes secos en la puerta y requerí el revólver por lo que pudiera suceder. Mi llamada debió causar a los falsificadores un efecto espeluznante, porque todo rumor cesó instantáneamente... Yo temí que, viéndose sorprendidos, prorumpiesen furiosos, pistola en mano, para huir; pero en lugar de tal impulso de probable salvación, el hombre de la voz fuerte dijo: —¿Quién llama? —Abra usted a la autoridad — contesté yo más fuerte todavía. —¿Qué farsa de autoridad es esa? —duplicó aquél. —Abra y verá si es farsa —repuse yo. —¡Largo de aquí al momento —continuó el muy tunante. —Abra o echaremos la puerta abajo —grité yo, perdida la paciencia... Y sin más voces, la puerta se abrió y apareció en el umbral un hombre de aspecto prócer, muy bien trajeado y rostro simpático. —¿Cómo han entrado aquí — interpelo, altanero. —Como no le importa —contesté. —¿Qué quieren? —dijo. —Que venga usted con nosotros a la Comisaría —hablé con tono imperativo. —¡Hombre, tiene gracia! Pero, en fin, vamos allá —rezongó, y se dispuso a salir. —Usted solo, no. También nos acompañará ese sujeto que, arrebutado, parece esconderse en aquel rincón —pro-

nuncié, decidido a llevarme presos a los dos. —Tengamos la fiesta en paz, señor comisario. Ese sujeto se quedará aquí encerrado. La llave de esta sala la llevará usted, y ya me la devolverá. Con esta condición condúzcame a la presencia de su jefe. Sin ella no saldré de aquí sino muerto o amordazado, y usted verá si le conviene el escándalo. Fué el hombre deletreando con mucha calma sus palabras; y como realmente no me convenía el escándalo, accedí a su deseo, y a escape a la Dirección, a presentarme al director, a quien previamente anuncié mi visita.

Penetré en su despacho con el prisionero, y... la tierra no se abrió bajo mis pies para tragarme, como yo pedí al que todo lo puede, cuando, estupefacto y barbicado, vi que el director de Seguridad

bierno fué breve; no es aficionado a exhibirse, y durante su mando usted estuvo en Barcelona. El *debut* de usted en Madrid no ha sido feliz; pero no le censuro la plancha ni le servirá de mala nota en su carrera, pues así me lo ha rogado don Roberto. Lo que sí le exijo es que lo sucedido no lo sepa nadie. Excuso decirle si el ministro de la Gobernación, don Juan, y el gobernador del Banco, don Nicolás, se enterasen: la matracaca que le darian al supuesto falsificador oíríase en Flandes, porque el bulito que quedó encerrado es una señora respetable, cuyo nombre quizás adivinasen las gentes cuando supiesen el lance y el del individuo que usted creyó fabricante de billetes falsos.

Aguanté la paulina con las orejas gachas; no chisté ni quise disculparme, y

nes y que tan sospechoso le parecía? —Pues las botellas que a aquella casa iban en cajones estaban forradas con cubierta de paja, y, por lo visto, don Roberto se entretenía en quemarlas en el hogar de la chimenea.

—En suma, amigo don Lucas...

—En suma, querido joven, que desde entonces, cuando recibo la denuncia de cualquier cosa delictiva, me acuerdo de la calle de Eguilaz, del humo de pajas, y ando con paso de buey, porque de atrás le viene al garbanzo el pico.

Dicho lo cual, don Lucas González pagó la cuenta y nos despedimos tan campantes.

Si alguien de los que leen estas líneas quiere darle vaya y cantaleta al buen don Lucas, que, aparte de aquel *lapsus* es un hombre que sabe su oficio, no tiene más que mentarle el humo de pajas que olía a ajo porro.

E. GUTIERREZ-GAMERO

De la Real Academia Española.

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

LIBROS RECIBIDOS

Ivelise, por Guido da Verona.—Se acaba de poner a la venta, correctamente vertida al castellano por A. Sapela, la hermosa novela de Guido da Verona, una de las últimas producciones del ya famosísimo novelista italiano, que tan rápidamente ha logrado imponer en el mundo su original literatura erótica.

La Isla encadenada, por Marcelino Domingo.—En este libro, en el que el ilustre ex diputado republicano recoge las impresiones de su viaje por América, se hace un estudio sumamente interesante de la joven República cubana, «la isla encadenada». El político y el literato se funden en esta obra, que si bien no exenta totalmente de prejuicios, ofrece ancho campo a la meditación y tiene pasajes de una considerable fuerza emotiva.

El corregidor de Almagro, por E. Gutiérrez-Gamero (de la Real Academia Española).—Nuestro ilustre colaborador, a cuya pluma se debe la hermosa novela corta «Humo de pajas» que honra el presente número de Los LUNES DE EL IMPARCIAL, acaba de publicar una hermosa novela con el título *El corregidor de Almagro*. Campean en ella, aparte las grandes bellezas de estilo, característica sobresaliente en el ilustre académico, el interés más vivo y el más agudo ingenio. *El corregidor de Almagro* es, sin duda, una de las obras mejor acabadas de su autor.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14. — MADRID — Apartado 502

Compre usted

DEL VIVIR HEROICO Y DEL MUNDO INTERIOR

admirable volumen de ensayos, donde el profundo escritor

Victoriano García Martí

desarrolla, con hermoso estilo y amenidad, numerosos temas de Filosofía y Estética.

Precio: 4,50 pesetas.

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

	Pesetas.
Don Severo Carballo, novela...	2,50
Verdades Sentimentales, ensayos...	4
Caracteres de la Vida social y mundana, ensayos...	4,50
Lugares de devoción y belleza, impresiones...	4

EN TODAS LAS LIBRERÍAS, ESTACIONES Y RIVADENEYRA, Gran Vía, 8 y 10

se precipitaba hacia mi hombre y le tendía las dos manos en señal de cariñoso y respetuoso recibimiento. —¿Usted aquí, señor don Roberto? —interrogó mi jefe. El llamado don Roberto hizo un ademán equivalente a que yo saliese del despacho; el director indicóme la puerta y escapé más muerto que vivo. Pasado un cuarto de hora, mi principal despidió a don Roberto por diferente sitio, no sin pedirme, por medio de un ordenanza, la llave del famoso cuarto para dársela a su dueño, y así que se hubo esfumado el ruido del coche que se llevaba al que creí falsificador, mi jefe me llamó y me propinó el siguiente discurso: «El que usted creyó un delincuente es nada menos que don Roberto Llanera, el ex ministro, cuya fama de hombre cultísimo y de integérrimo ciudadano es proverbial, como usted habrá oído proclamar. Que usted no le conozca, no tiene nada de extraño, porque su paso por el Go-

san de aquel cuarto llamándose idiota, imbécil y bausán.

Aquí tiene usted, mi querido telegrafista, en qué paró la falsificación de billetes del Banco de España en la calle de Eguilaz, que yo después descubrí en otra muy distante, con lo cual tomé el desquite de mi plancha fenomenal.

—¿Y supo usted, amigo don Lucas, el nombre de la dama?

—¡Claro que lo supe! Pero me lo callo.

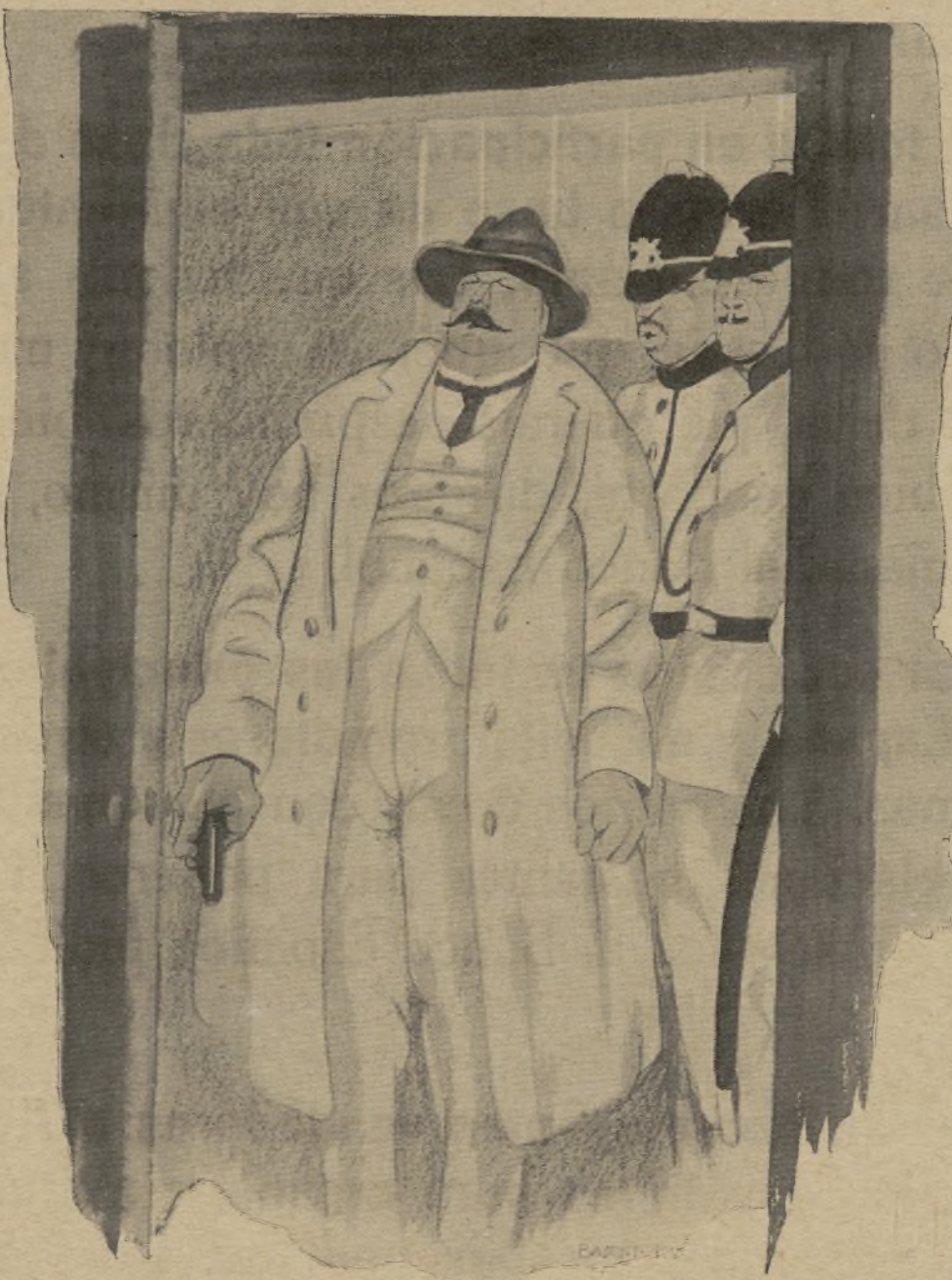
—¿Y lo del artefacto que se trasladaba de un punto a otro?

—El artefacto era una silla larga, o, mejor dicho, un amplio diván con ruedas, que don Roberto y la señora movían ignoro con qué fin. ¡Fantasías!

—¿Y los tenues gemidos que percibieron sus orejas y las de los guardias?

—Pues calculo que eran producidos por la puerta del armario donde se encerraban botellas de ricos y escogidos licores.

—¿Y aquel humo que salía a borbotones



INDUSTRIALES Y COMERCIANTES

El Banco Español, el único en España industrial y mercantil, constituido a base cooperativa y promotor de empresas:

Compra en total o en participación toda clase de negocios para desarrollarlos a base de sus elementos financieros y de cooperativismo. Los que tengáis alguna propiedad o industria que queráis explotar más ampliamente o de la que queráis desprenderos, bien en su totalidad, bien en parte, dirigiros hoy mismo, sin dejarlo para mañana, al Banco Español.

Va a montar sucursales en todas las principales poblaciones de España, y necesita promotores y directores para las mismas. Los que os creáis con personalidad, aptitudes y relaciones bastantes para ponerlos a su frente, dirigiros en seguida al Banco Español, pidiéndole antecedentes.

Va a enviar en breve agentes vendedores a América con muestrarios españoles para organizar allí el intercambio con España y recabar pedidos. Los que queráis aquellos mercados o fomentar vuestras ventas, tanto en el interior de España como en aquellas Repúblicas, dirigiros inmediatamente al Banco Español.

La correspondencia al Secretario del Banco

Avenida del Conde de Peñalver, 24 (Gran Vía)

y Caballero de Gracia, 23.—MADRID